

Philadelphia Estación Central

Adam quiso siempre olvidar todo su pasado, a estas alturas casi lo había conseguido..Su tren empezó a pitar antes de cerrar las puertas a cinco pasos de él. Adam corría a la máxima velocidad que sus 75 años le permitían. Lo perdió, pero esa mañana, su destino vestido de jefe de estación, le hizo un guiño.

Era una mañana soleada, pero tan fría que estaba notando un incómodo picor en la garganta. Al respirar le salía vaho por la boca. La estación estaba a rebosar de gente, tráfico ferroviario, puestos de prensa y café, lejanos frenazos de coches y otros ruidos de ciudad.

El banco metálico estaba helado. Un tren llegó, bajaron muchos, todo el mundo tenía muy claro dónde ir, al trabajo, a la escuela o a la compra. Todos, menos una chica alta y muy delgada de melena castaña, con un jersey a rayas y una gran mochila. Parecía despistada se quedó en el andén. Miraba en todas direcciones, consultó su reloj. Llevaba un plano en la mano, buscó a alguien a quien preguntar, se decidió por una señora de mediana edad que leía un libro apoyada en la pared, quien, escuchando a la chica sin mucho interés, se encogió de hombros. Entonces ella se dirigió hacia Adam. Se sentó junto a él.

-Perdone Señor- era extranjera, tenía un bonito acento que él reconoció fácilmente.

Sin esperar respuesta continuó, *-Yo quería ir a Boothwyn, pero parece que no es un lugar muy conocido por aquí.*

-Va a tener suerte señorita, porque yo lo conozco muy bien, tiene familia allí?

-Por qué lo pregunta?

-Bueno, tú si no me equivoco eres polaca y por si no lo sabías en Boothwyn reside una de las mayores comunidades polacas de los Estados Unidos, cómo te llamas? a quién visitarás?

La chica empezó a ponerse nerviosa con tantas preguntas, estaba cansada después de un largo vuelo que le transportó de un continente a otro. Ewa no

había podido venirle a buscar al aeropuerto como estaba previsto. Y había decidido intentar llegar por su cuenta, aunque ya comenzaba a arrepentirse.

Inquieta le contesto –*Mire señor, sólo necesito, saber qué debo hacer para llegar lo más cerca posible de ese lugar.*

-Te lo preguntaba porque yo viví muy cerca y conozco allí muchas familias.

Marianna no quiso ser descortés, con el viejo que la miraba de un modo extraño que a ella le desconcertaba y le contó más.

-Me llamo Marianna y vengo a visitar a unos tíos, son los Cisniewicz.

-Cisniewicz? No recuerdo a nadie con ese nombre por aquí...

-Mi tío se trasladó hace unos diez años.

Adam, se estrujaba la memoria, intentando recordar por qué aquel nombre le resultaba familiar. Su pensamiento se traslado a muchos años atrás, finalmente la bombilla del recuerdo se iluminó. Antoni y Barbara Cisniewicz habían sido los vecinos del segundo piso en el bloque donde vivían en Varsovia. Un matrimonio de su edad al que como a tantos otros, había perdido su rastro con la guerra.

-Antoni y Barbara- susurró el abuelo inconscientemente

Marianna, sonrió ampliamente al reconocer el nombre de sus abuelos, y le explicó que venía a casa de su hijo Jan y su mujer Ewa. Ambos, los abuelos tristemente habían fallecido hacía unos años. Aquel hombre empezó a resultarle tan entrañable que comenzó a explayarse, no eran los padres biológicos de su madre pero se habían encargado de criarla desde que era un bebé.

-Mi padre tuvo una suerte inmensa- se explicaba la chica.

Una música sonaba en la mochila de Marianna, era su teléfono, se quitó los guantes para abrir la cremallera, Adam tuvo que respirar muy profundo para no desmayarse, se dió cuenta de repente y su corazón creció al doble de su diámetro al ver la mano de la chica.

El horrible recuerdo de aquella noche se le reproducía ahora nítido.....

.....era 19 de marzo, Adam estaba en el salón, intentaba sintonizar la radio que se cayó estrepitosamente al suelo cuando ellos entraron en su casa, uno de ellos vino

directamente hacia él y le apuntó con un arma. Parecían una tormenta de truenos, se sucedían golpes, portazos y gritos. Se quedó paralizado. Oyó un disparo, justo después el aullido de horror de su mujer, ahogado por un segundo disparo. Le arrastraron a lo largo del pasillo, iban acercándose a la cocina dónde estaban ellas, su mujer y su pequeña de sólo tres meses de vida. La luz salía amarillenta, la puerta que tenía un cristal roto había quedado abierta, al pasar guiado por empujones sólo pudo ver la mano ensangrentada de su mujer inerte. No vió más. Su bella Sabina, la conocía desde la infancia, siempre la había querido para sí. Le encandilaban sus distinguidas manos, pequeñas y perfectas. Ella las utilizaba como vehículo de expresión, las movía continuamente de manera elegante y armoniosa. Tenían la piel tersa y lisa únicamente se alteraba su blancura por una curiosa marca de nacimiento en forma de media luna en el dorso.

Una medialuna que ahora se le reproducía exacta frente a él. El viejo miró a la chica como si despertase de un profundo sueño y empezó a decir con lágrimas en los ojos

-Marianna, tu madre, tu madre era mi niña..... dos disparos, dos, pensaba que los dos habían muerto, mi mujer y mi pequeña. Mi bebé no murió....Mi hija sobrevivió. Barbara y Antoni....ellos, ellos debieron rescatarla.....no murió, ¡no murió aquella noche!